

LOS TEJEDORES DEL BORDE ENSAYO ACERCA DE LA FUNCIÓN SOCIAL DE LA SALUD MENTAL Y LA LOCURA

Laura Fascioli¹

*«En la historia de los hombres
cada acto de destrucción encuentra su respuesta,
tarde o temprano, en un acto de creación»
Eduardo Galeano*

Resumen

Cuando leo algún artículo sobre la ruptura del tejido social evoco la vieja caja de zapatos donde, siendo escolares, colocábamos gusanos de seda. Con impaciencia, «los niños de la escuela» les dábamos su morera esperando que comenzaran a tejer los capullos, de donde saldrían más tarde las ansiadas mariposas. Nunca faltaba el «varón de la otra clase» que, por molestar a las «niñas», destruyera con un palito un pedazo del tejido. Al poco tiempo, el gusano incansable reconstruía su capullo o comenzaba uno nuevo. Tal vez, como todo recuerdo, no es exacto, pero lo desea así mi dolor de niña ante la destrucción. Ese sentimiento, mezcla de dolor, desazón, impotencia, temor y posterior alegría al comprobar la anhelada reconstrucción, es el mismo que siento al observar cómo aparecen lentamente los hilos que permiten empezar a reparar nuestro destruido tejido social luego de la dictadura de los años 70. Me pregunto maravillada, dónde han quedado guardados y quienes han guardado durante el tiempo transcurrido, los ovillos que al desenrollarse ayudan a reconstruir la trama de nuestra historia. ¿Quiénes han sido los guardianes? ¿Quiénes serán los nuevos tejedores?

¹ Licenciada en Enfermería. Licenciada en Psicología. Magister en Salud Mental. Psicoterapeuta en psicoanálisis de las configuraciones vinculares. Directora de Departamento, División Enfermería, Hospital de Clínicas. Uruguay. laurafascioli@hotmail.com. Cel. 098 738 239

THE WEAVERS OF THE BORDER ESSAY ON THE SOCIAL FUNCTION OF MENTAL HEALTH AND MADNESS

Abstract

When I read an article about the breakdown of social fabric evoke the old shoebox where, being children, we placed silkworms. Anxiously, the school children gave the silkworms their mulberry buds hoping for they begin to weave, and later would leave the desired butterflies. There was always the «male child of the other class», that for disturbing the» girls» with a stick destroy a piece of tissue. Soon, the tireless worm began rebuilding its cocoon or made a new one. Perhaps, like all memory, not exact, but my childhood pain at the destruction want to do it. That feeling, a mixture of pain, frustration, helplessness, fear and joy back to check the desired reconstruction is the same I feel when looking at how slowly the threads are allowed to begin to repair our social fabric destroyed after the dictatorship of the 70s. I wonder, where they have been saved and who have saved during the time, to unwind the tangles that help to rebuild the fabric of our history. Who have been the guardians? Who will be the new weavers?

OS TECEDORES DA BEIRA ENSAIO SOBRE A FUNÇÃO SOCIAL DA SAÚDE MENTAL E DA LOUCURA

Resumo

Quando leio algum artigo sobre a ruptura do tecido social evoco a velha caixa de sapatos onde, sendo escolares, colocávamos bicho-de-seda. Com impaciência, «as crianças da escola» dávamos sua amoreira esperando que começassem a tecer os casulos, de onde mais tarde sairiam as ansiadas borboletas. Nunca faltava o «menino da outra sala» que, para incomodar as «meninas», destruisse com um palito um pedaço do tecido. Em pouco tempo, o bicho-de-seda incansável reconstruía seu casulo ou começava outro novo.

Talvez, como toda lembrança, não é exata, mas o deseja assim minha dor de criança perante a destruição. Esse sentimento, mistura de dor, dissabor, impotência, temor e posterior alegria ao comprovar a desejada reconstrução, é o mesmo que sinto ao observar como aparecem lentamente os fios que permitem começar a reconstruir nosso destruído tecido social após a ditadura dos anos 70. Pergunto-me, maravilhada, onde ficaram guardados e quem guardou durante o tempo transcorrido, os novelos que, ao se desenrolar, ajudam a reconstruir a trama de nossa história. Quem foram os guardiões ?

Quem serão os novos tecedores?

El Uruguay entra en dictadura (junto con otros países de América del Sur) cuando se acercaba a un cambio en su sistema económico-social y político hacia formas de organización más justas. Luego de todos los procesos devastadores que se fueron sucediendo durante más de 15 años y que parecían señalar una fractura de los ideales y los deseos de cambio de la generación de los años 60-70, el nuevo siglo se inicia con un nuevo acercamiento a un cambio. ¿Cómo se explica que las nuevas generaciones, cuyos vínculos con las anteriores parecían haber sido cercenados por la violencia del proceso dictatorial y sus secuelas, vuelvan a tomar, ampliándolos y mejorándolos en su comprensión y aplicación, los ideales de las generaciones pasadas? ¿Cómo se explica que, al mismo tiempo que parecen imponerse en nuestro país las pautas posmodernas y neoliberales que sostienen el fin de la Historia y la caída de las utopías, surja con increíble fuerza la imagen del «Che» como símbolo de esperanza de los más jóvenes?

El período dictatorial de los años 70-80 no ha sido el único proceso de catástrofe social en nuestro país. Lo han antecedido otros hechos como por ejemplo, el exterminio de los Charrúas. El pertenecer a un continente conquistado y colonizado, que ha luchado y lucha por su independencia nos hace copartícipes de procesos sociales en donde las poblaciones han sido devastadas, destruidas, fragmentadas y vueltas a recomponer tras largos y costosos esfuerzos generales de reconstrucción. ¿Qué peso han tenido estos procesos históricos sobre los grupos, sus valores, sus símbolos, su imaginario y sobre la conformación de la subjetividad individual?

Un análisis lineal, determinista, reduccionista, nos podría llevar a pensar que la fuerza del acontecimiento traumático deja secuelas irreversibles tanto en la trama social como en las nuevas subjetividades. Sin embargo, al mismo tiempo que se viven las inevitables pérdidas y duelen las «espinas envenenadas» que en general continúan a las catástrofes sociales, como la corrupción heredera de la impunidad, se conservan en forma latente los valores positivos trabajosamente logrados por el quehacer colectivo. El desarrollo de la vida

muestra —más tarde o más temprano— que no alcanza con eliminar 300 voluntades para aniquilar las praxis que apuntan a satisfacer con equidad las necesidades más básicas de los seres humanos. La represión intenta eliminar sin dejar rastros todo aquello que amenaza o denuncia los intereses de los grupos más reducidos (en cantidad de integrantes) pero también más poderosos. Sin embargo, la memoria colectiva deja testimonios de los sucesos no sólo a través de su voluntad explícita sino también a través de los mitos, las leyendas, la historia no oficial.

A modo de ejemplo, una historieta reciente de éxito internacional, como es «Asterix» recuerda la lucha de los pueblos galos contra el avance del Imperio Romano, prototipo de la lucha que ha caracterizado la historia de la humanidad hasta nuestros días. Sólo cambia el nombre de los protagonistas: las diferencias de clase subsisten. El núcleo central de la historieta se apoya sobre un hecho real: «(...) el dolor de cabeza que le ocasionó el joven jefe de la tribu de los Avernos llamado Vercingétorix (82-46 AC) (a Julio César). Este hombre lideró la resistencia contra los romanos y el tiempo lo transformó en una de las figuras más legendarias de su pueblo. El victorioso Julio César fue humillado cuando Vercingétorix venció a sus entrenadas tropas en Gergovia» (Gómez, S. 1999).

La Historia, más lenta para dar satisfacción a los deseos de justicia de los hombres, no coincide con el gozo triunfal de los menos poderosos de los episodios de la historieta: «Esta vez la gloria acompañó a Julio César, cuya presión fue tal que obligó a Vercingétorix a rendirse. Prisionero, fue enviado a Roma donde lo ejecutaron públicamente 6 años después» (Gómez, S. 1999).

Dos milenios más tarde, en 1959, el héroe Vercingétorix renace en Asterix. ¿Por qué el personaje surge en este momento histórico y por qué se hace tan popular? ¿Tiene que ver con el espíritu de resistencia y lucha del pueblito galo? ¿Simboliza la resistencia de los pueblos actuales a la globalización impuesta que quiebra con las identidades y las culturas propias?



Todos los ejemplares de la historieta comienzan de la misma forma:

«Estamos en el año 50 antes de Jesucristo. Toda la Galia está ocupada por los romanos... ¿Toda? ¡No! Una aldea poblada por irreductibles galos resiste todavía y siempre al invasor...» (Gosinny R. Uderzo A. 1994).

La complejidad del tema obliga a establecer un cero ficto de inicio y de contexto, que permita reflexionar acerca de estos fenómenos. Por ello, sin desconocer nuestra Historia particular y nuestra Historia como integrantes de América Latina, contextualizaré estas reflexiones en el lapso posterior a la última dictadura ocurrida en nuestro país.

Las catástrofes sociales y sus rupturas

No pretendo en este trabajo explicar las múltiples causas coyunturales de los distintos tipos de catástrofes sociales tales como guerras étnicas, religiosas, genocidios, dictaduras, aunque parto de la base de que en última instancia sus motivaciones son siempre de orden económico y político. Lo que promueve este trabajo es analizar cómo ellas influyen sobre la inter y la intrasubjetividad de la población afectada no sólo en sus aspectos negativos, destructivos sino también en los que tienen que ver con las formas de resistencia y reparación del daño. No todos los grupos y todas las personas sufren idénticas consecuencias a raíz de la violencia que supone una catástrofe social. Si bien hay aspectos generales comunes, las experiencias de unos pueblos, sus formas de elaboración y salida de los traumatismos, no son superponibles a las de otros. Distintas investigaciones psicológicas y sociales señalan que existe una incidencia intrapsíquica de la violencia social que se extiende a las sucesivas generaciones y que muchas veces lo que no ha podido ser elaborado en una generación se repite en acto (*acting*) en la segunda o tercera generación.

Las repercusiones son distintas entre aquellos que sufrieron violencia directamente y el resto de la población. Son distintas también para los diferentes grupos sociales: existen numerosos trabajos

realizados en nuestro país y en otros países de Latinoamérica que dan cuenta de los efectos psicológicos y sociales de la represión política. En este trabajo pretendo reflexionar acerca de una realidad social devastada que compartimos todos y de la cual estamos emergiendo como sujetos recomponedores y creadores: como tejedores de un borde destruido.

Cuando se producen acontecimientos violentos en la realidad social de una población los sujetos quedan expuestos a la amenaza de una desestructuración de su personalidad. Especialmente cuando estos acontecimientos violentos provienen del propio Estado, al cual, más allá de las discrepancias con su forma de funcionamiento, se ha aceptado como garante de la Ley y de un cierto grado de seguridad y equidad. Por un acuerdo intersubjetivo consciente e inconsciente, se lo vive como el representante del límite, del borde, que permite (al estilo del encuadre de J. Bleger, 1989) que se desarrollen los procesos de la vida. He aquí uno de los aspectos de lo siniestro (*Unheimlich*). S. Freud (1919) planteaba en «Lo Siniestro» que *unheimlich* es lo que otrora fue *heimisch*, es decir hogareño, familiar, lo que da cierta seguridad y bruscamente se vuelve incierto, peligroso. Tanto más desorganizador cuanto más confianza se había depositado en él.

Cada conjunto poblacional se constituye como grupo en tanto se comparten ideales, creencias, identificaciones, surgidas de una Historia común y de una forma de relacionamiento entre sus miembros que le es propia. Se va formando una piel, un límite que identifica al conjunto y se representa simbólicamente como País. A él remiten los símbolos oficiales (la bandera, el escudo, el himno) y una serie de conductas y hábitos, expresión de un imaginario que inviste con mucha fuerza aspectos surgidos de la cultura dominante y de las formas culturales no dominantes.

En nuestro país, entre otras cosas: el mate, «la garra charrúa», el fútbol, el candombe, el asado, el «espíritu gauchesco» y la melancolía de la milonga.

Todo remite a «lo nuestro», lo compartido, lo que nos aproxima más allá de las palabras y los símbolos concretos, lo que se relaciona con el afecto. Este límite, conformado por los sistemas simbólico e imaginario es destruido (o se intenta destruir) en las catástrofes sociales.

El ataque a las formaciones transsubjetivas intermedias es vivida individual y colectivamente como incertidumbre: se distorsionan los procesos que tienen que ver con la vida y con la muerte como procesos normales vitales. El derecho de ejercer en forma indiscriminada y más allá de toda legalidad, la tortura, la prisión, la imposición del exilio, el secuestro de niños y la muerte por parte del Estado, expresa claramente que la vida ha perdido valor. De ahí que el miedo y la amenaza se extiendan a toda la población – aún a la que no reconoce la existencia real del proceso devastador («a mí no me pasó nada») – y no sólo a los designados como subversivos por el poder dominante. El máximo exponente de ese horror es la desaparición de recién nacidos y sus madres, pues ataca al centro mismo de la posibilidad y de la continuidad de la vida.

«Atacándose a una parte de la sociedad para hacerla desaparecer, el Estado totalitario desarticula los fundamentos del conjunto social y destruye las formaciones y los procesos de la vida psíquica que se apuntalan sobre el conjunto social.... Así como el primer acto de los torturadores es siempre el de quebrar los ritmos temporales fundamentales de la vida, el primer acto de la violencia social catastrófica es el de establecer el terror mediante la desarticulación de los procesos del pensamiento» (Kaës, R. 1981).

La población que no sufre la violencia directamente pero que vive la catástrofe social, adopta una serie de medidas defensivas conscientes e inconscientes, que si bien la mayoría de las veces adoptan la forma de autoprotección individual y familiar, supone la preservación de la vida de todo el grupo social. El silencio, la reducción y limitación de los vínculos, la desconfianza, el desinterés por el prójimo, la delación, son algunas conductas que, pese a parecer destructivas de los intercam-

bios intersubjetivos son al mismo tiempo preservadoras de cierta integridad mínima: expresan los distintos mecanismos de defensa utilizados individual y grupalmente para sobrevivir.

Bruno Bettelheim (1981), a partir de sus propias experiencias en un campo de concentración nazi, señalaba cómo, frente al desamparo inicial traumático cada persona intentaba mantener su integridad como tal recurriendo a diferentes mecanismos de defensa. En general se producía una vuelta hacia el interior de cada uno y una búsqueda de apoyo en un ideal, una ideología, una creencia, una cultura, un afecto, pero con un apuntalamiento consciente e inconsciente sobre el grupo del cual se era parte. Esta dialéctica individuo-grupo permitió resistir con más fuerza lo violento de la situación.

La catástrofe social genera un hueco, un vacío social no sólo por la cantidad de muertos, encarcelados, desaparecidos, exiliados, huidos, sino también por la rotura de los vínculos entre las personas, por la falta de participación social, por la automarginación, por el desvínculo, por la exacerbación de la alienación.

En un trabajo sobre los «Efectos psicológicos de la represión política», Kordon y Edelman (1986) señalaban que la dictadura en la Argentina instrumentó una campaña propagandística induciendo a guardar silencio, a sentirse culpable, a dar por muertos a los desaparecidos, a considerar la disidencia política como una falta de adaptación social y como campo de enfermedad mental, a olvidar, a diluir responsabilidades, a considerar culpable al desaparecido. Una campaña similar se produjo también en nuestro país.

Si realizamos un análisis de la situación pensando desde la complejidad podemos comprender cómo el acatar y guardar silencio significó a la vez un sometimiento al poder y una forma de resistencia y lucha. De la misma manera que se enterraban libros y banderas, se ocultaban en la memoria individual la comprensión y la explicación de lo que ocurría. Pero, como ya lo había planteado Freud, lo que no se expresa a través de la palabra,

aparece como acto. Tal lo que ocurría, durante los últimos años de dictadura en nuestro país, en las fiestas escolares, cuando al cantar los niños el Himno Nacional, los padres coreaban espontáneamente y a viva voz las estrofas que dicen: «tiranos temblad».

Otra anécdota al respecto, más reducida en cuanto al número de actores, pero más cercana por referirse a nuestra profesión de enfermeros, se produjo en el Hospital de Clínicas al momento de finalizar la dictadura: el abandono general, simultáneo y espontáneo de la toca que nos obligaban a usar. Como ya dije, se puede hacer un análisis de la destrucción que provocó el período dictatorial y sus secuelas en las generaciones posteriores. Existen suficientes documentos al respecto, pero me interesa más pensar en este momento, en las distintas formas reparadoras que adoptan las organizaciones intra e intersubjetivas luego del caos que sigue a una situación traumática. ¿Es posible pensar que no sólo lo traumático es reprimido? ¿Es posible pensar que una generación reprime y luego transmite los aspectos positivos, esperanzas y utopías que socialmente no se les autorizó a expresar?

Pensar las consecuencias de un traumatismo implica tener en cuenta no sólo la fuerza del agente traumatizante sino también las condiciones de organización y fuerza en que se encuentra el objeto traumatizado. Pese a que durante y después de la dictadura sufrimos transformaciones en nuestra subjetividad, en nuestro país se produce una resistencia que no obedece a causas simples. Sería interesante realizar una investigación histórica acerca de la situación económica, social, política y cultural en que se encontraba nuestro país al inicio de la dictadura. Ello podría iluminar la comprensión acerca de los mecanismos de defensa usados y de los tipos de salidas reparatorias. A modo de hipótesis, se podría pensar que en términos muy amplios, especialmente en Montevideo, se conjugaron una serie de factores socio culturales que configuraron un entramado social fuerte, capaz de resistir y elaborar los daños de la dictadura: nuestro origen como población, los inmigrantes,

los pueblos originarios, los negros, sus ancestros esclavos y las mezclas raciales posteriores; nuestro surgimiento como país: la intervención extranjera y las luchas por la independencia; el hecho de ser país de fronteras; el grado de alfabetización y los sistemas de enseñanza; el lugar social de la mujer; la fuerza, el grado de conciencia de clase, el nivel político y de organización del movimiento sindical; la existencia de variadas organizaciones sociales y políticas; el espíritu crítico, cuestionador, libertario que nos atraviesa más allá de las diferencias de clase.

¿Qué ocurre con las vivencias de horror, de pérdida, de ruptura, de miedo, de vacío, pero también de lucha que experimentan los miembros de una generación? ¿Cómo se inscriben y elaboran en su psiquismo? ¿Influyen en la subjetividad de las generaciones siguientes? ¿Es posible olvidar? ¿Es posible recordar?

Estas preguntas remiten a tres aspectos fundamentales:

- 1) La constitución del psiquismo
- 2) El retorno de lo reprimido
- 3) La transmisión transgeneracional

La constitución del psiquismo

El ser humano es un ser natural, histórico y relacional. Nace dentro de un grupo (familiar y social) que lo precede y que a su vez es determinado en su esencia por la formación económico-social en la que existe. Hacia 1950, E. Pichón Rivière, planteaba que el mundo interno de la persona se constituye por un proceso de progresiva internalización de los objetos y los vínculos. Más adelante R. Kaës (1992), desde la escuela francesa, sugiere que el psiquismo se va formando por la invaginación del vínculo primario en el adentro, pero no siguiendo una causalidad lineal sino como elaboración dialéctica única y particular de cada persona. Re elabora y amplía el concepto freudiano de *anlhenung*, (apuntalamiento) que sostiene que el psiquismo en su conformación se apoya en las funciones corporales, agregando que también se apoya sobre el grupo, la cultura y el propio aparato psíquico. El concepto de apuntalamiento -el apoyo de algo sobre algo- lleva implícita la idea de un sostén, pero también de una modelización

y de un espacio entre quien apuntala y quien es apuntalado. Kaës (1992) dice que ese espacio permite la función de transcripción. Es decir que el nuevo ser no se modela exactamente igual a aquellos objetos sobre los que se apoya para constituirse sino que transcribe de acuerdo a sus propias posibilidades y experiencias lo que recibe como molde.

El bebe humano es «colocado» en el mundo por más de un cuerpo y por más de un sexo. No tiene posibilidad de elegir el grupo en el cual devendrá adulto, como tampoco tiene posibilidad de elegir su cuerpo. El grupo lo recibe, lo sostiene, lo cuida, lo inviste, lo nombra, aún si lo ubica en un lugar no lugar de marginación. Al decir grupo no me refiero a un grupo en particular sino al conjunto de espacios intersubjetivos que forman el macro-contexto y que se expresan y transmiten - a través de lo que Piera Aulagnier (1993) llamó violencia primaria -en los primeros y fundamentales meses de la vida a través del vínculo primario madre-hijo.

«Existe una necesidad biológica, psíquica, cultural de permanencia del ser humano, un deseo de los padres de continuar la vida y prolongar la propia a través de los hijos. La madre y el bebé transcurren durante el embarazo en unidad simbiótica, hasta que el nacimiento marca una ruptura y se inicia un proceso de separación que irán elaborando ambos, según su propia experiencia, en su propio tiempo y en interacción desde lugares asimétricos en cuanto a la dependencia y la posibilidad de influir uno sobre el otro. Esta asimetría surge de la indefensión e inmadurez del recién nacido que hace que en lo intersubjetivo «(...) los padres descifren las necesidades del bebé y también imponen su propio significado basándose en el presupuesto de ser lo más adecuado para él. La semantización dada por los objetos parentales a las emociones del bebé cierra la posibilidad de conocimiento de las que pudieran ser propias al sujeto recién nacido, que jamás se conocerán (Berenstein *et al.* 1984)» (Coco, A. Fascioli, L. 1996).

Ana Pampliega (1987) dice que la madre en interacción permanente con el hijo en gestación aparece como la mediadora de una riquísima red de

relaciones que abarcan desde relaciones económicas de producción y su superestructura ideológica y jurídico-política.

La transmisión que hacen la madre y luego la familia y las instituciones al niño, de las prácticas y valores de la generación que lo antecede, lo ubican como heredero de una parte del patrimonio cultural de la humanidad que se espera él conserve y transmita. La herencia recibida es a su vez conservada y modificada por el nuevo ser, en forma consciente e inconsciente, configurando una nueva subjetividad única e irrepetible.

Las nuevas profundizaciones psicológicas muestran que no se memoriza y se transmite sólo a través del lenguaje. Piera Aulagnier (1993) introduce la idea de las representaciones pictográficas: las primeras experiencias cargadas de emotividad con otro engendra sensaciones de placer-displacer, que no pueden ser transformadas en palabras, pero que pueden ser expresadas a través del cuerpo. ¿Sostiene y acaricia igual a su bebé una madre feliz que otra deprimida? ¿Recuerda el bebé, luego niño, luego adulto, estos primeros contactos? ¿Es consciente de esos «recuerdos corporales»?

Freud planteaba que el sujeto humano constituía un fin para sí mismo, pero que también era el eslabón de una cadena generacional que estaba obligado a conservar. Sostenía que el narcisismo del niño se apoya sobre el narcisismo de los padres: los sueños y deseos que los padres no pueden realizar son transferidos al niño en un anhelo de realización. Posteriormente, Piera Aulagnier (1993), habla del contrato narcisista y sostiene que cada sujeto llega al mundo con la misión de asegurar la continuidad de las generaciones. A su vez, para asegurar que se cumpla esa continuidad el conjunto de la sociedad debe invertir narcisísticamente al nuevo sujeto. Se establece una especie de contrato entre el sujeto individual y el grupo social en donde el lugar que ocupará el nuevo ser es significado de antemano y tejido con los valores e ideales del grupo. Se espera que el niño transmita esos contenidos de la cultura. Este contrato permite mantener la continuidad del gru-



po como tal y la continuidad psíquica del sujeto como parte de ese grupo.

Al producirse las catástrofes sociales se rompe en forma violenta y aguda esta continuidad. Cada individuo agredido, violentado, marginado, excluido, arrastra consigo no sólo la pérdida de su propia continuidad vital y la de su grupo primario sino también la ruptura de la cadena generacional social de la que es parte. Se rompe el entramado social que sostiene a todo el grupo, se quiebran su cultura y sus valores ¿Queda registro individual de esas rupturas violentas? ¿Queda registro en el resto de la población? ¿De qué forma? ¿Se puede reparar el daño?

El retorno de lo reprimido

Muy resumidamente planteado en «Tótem y Tabú», Freud (1913) decía que luego del trauma original se produce un período de represión con un posterior despertar de la huella némica a partir de una repetición real reciente de un suceso similar. Este suceso con aspectos comunes que evocan al suceso traumático inicial abre el camino para que lo reprimido reaparezca.

Pese a que Freud había estudiado este fenómeno principalmente en los individuos, hacía referencia también a procesos sociales. Esta extensión es válida en tanto ellos son producto de la compleja dinámica de la inter y trans subjetividad que involucra y trasciende al sujeto individual.

Según el Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche y Pontalis (1981), el retorno de lo reprimido es un: «proceso en virtud del cual los elementos reprimidos, al no ser nunca aniquilados por la represión, tienden a reaparecer y lo hacen de un modo deformado, en forma de transacción»

Freud había insistido sobre la indestructibilidad de los contenidos inconscientes. Lo reprimido, no sólo no es aniquilado, sino que tiende incesantemente a reaparecer en la conciencia disfrazado de distintas formas. Los síntomas son una forma de retorno de lo reprimido, a través de una transacción entre las representaciones reprimidas y las represoras. En uno de sus trabajos, «El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen»(1907),

utiliza para explicar la dialéctica reprimido-represor, la fábula del asceta que intentando vencer la tentación mediante la imagen de un crucifijo ve aparecer, en lugar del crucifijo, la imagen de una mujer desnuda. Explicaba que dentro y detrás de lo represor obtiene finalmente la victoria lo reprimido.

Es interesante observar cómo este fenómeno es posible que sea uno de los que subyace al fenómeno de la transformación de Ernesto Guevara «Che» como símbolo. La intención de las fuerzas represoras fue no sólo destruir su persona sino también toda posibilidad que fuera tomado como ejemplo. Sin embargo las mismas modificaciones que realizaron sobre su cadáver con la intención de destacar su fracaso (y por extensión el fracaso de la posibilidad de toda revolución) fueron las que lo convirtieron en imagen simbólica.

«Al recostarlo en la lápida de concreto, le desataron las cuerdas con que lo maniataron durante el viaje en helicóptero desde La Higuera y le pidieron a la enfermera que lo lavara, lo peinara e incluso le afeitara la barba (...) La explicación la ofrece el general Gary Prado Salomón, el más lúcido y profesional de los cazadores del Che: «Lo lavaron, lo vistieron, lo acomodaron porque había que mostrar la identidad, mostrarle al mundo que el Che había sido derrotado; le hemos ganado a éste (...) poder decir: aquí está, hemos ganado. Ese era el sentimiento que había en las Fuerzas Armadas de Bolivia, que habíamos ganado la guerra». Para cuando comenzaron a desfilar los periodistas y vecinos curiosos, la metamorfosis ya era completa: el hombre abatido, iracundo y desarrapado aún en vísperas de su muerte se había convertido en el Cristo de Vallegrande, reflejando en sus límpidos ojos abiertos la tranquilidad del sacrificio consentido. El ejército boliviano cometió su único error de campaña (...) Transformó al revolucionario resignado y acorralado, al indigente de la Quebrada del Yuro, (...) en la imagen crística de la vida que sigue a la muerte. Sus verdugos le dieron rostro, cuerpo y alma al mito que recorrería el mundo» (Castañeda, J. 1997).

Hoy, el nombre del símbolo de la generación de los 60-70, silenciado durante años por las fuerzas represoras, reaparece con más fuerza, incluso hasta tatuado en el cuerpo de algunos personajes populares, como es el caso del futbolista argentino Diego Maradona.

¿Retorno de lo reprimido? ¿Cómo se produce el proceso por el cual lo que se reprime en una subjetividad se expresa más tarde en otra? ¿Qué ocurre con lo que reprime una generación? ¿Aparece luego en las siguientes?

La transmisión transgeneracional

El problema de la transmisión entre generaciones viene siendo estudiado desde hace un tiempo. Se comprende y se acepta que hay una transmisión positiva de valores, creencias, ideales, prohibiciones que se produce a través de la palabra oral/escrita y de los comportamientos de los otros que sirven como modelos identificatorios. No se trata de una transmisión directa, inmodificable sino de un monto de información que es recreado, resignificado por cada uno de acuerdo a su propia historia. R.Kaës (1981) sostiene que ningún cambio es individual aunque se considere desde la individualidad. Se cambia con y en relación con otros. El psiquismo individual se constituye en la intersubjetividad.

Los contenidos transmitidos son pasibles de ser transformados pero tienden a permanecer incambiables. En la década de los 70 se comienza a pensar que hay algo más que se transmite que tiene que ver con lo que no ha sido simbolizado. Los trabajos realizados en torno a los efectos de las catástrofes sociales y a los procesos de las cadenas asociativas en los grupos permitieron comprender la forma en que se produce la transmisión tanto entre las generaciones como en la sincronía grupal. Lo que se encuentra enquistado, no simbolizado, forcluido, sin inscripción en el inconsciente de una persona se transmite en bruto al inconsciente de otra(s). Es la transmisión de lo negativo: aquello que es violentamente rechazado de la conciencia por el impacto de un trauma queda en el inconsciente pero sin inscripción. Kaës (1981)

plantea que hay algo así como una pulsión a transmitir: la necesidad de transferir a otro aparato psíquico lo que no puede ser mantenido en el aparato del propio sujeto. Se produciría no sólo por un plus intolerable sino también por la ligazón que puede darse entre sujetos por una poderosa alianza de intereses inconscientes.

Se puede pensar que el contenido encriptado se mantiene en una subjetividad no sólo por la propia represión sino también por las exigencias de las fuerzas represoras reales de la sociedad, en aras de un proceso de autoconservación: expresar lo reprimido puede significar el límite entre la vida y la muerte, entre el honor y el deshonor, entre la protección del otro y la delación. Sin embargo, la convicción de la justeza del contenido reprimido aumenta la necesidad de transmitir.

A modo de cierre (y apertura) (¿reapertura?)

No es casual que muchas de las actuales patologías mentales giren en torno a las perturbaciones vinculares graves. Tienen que ver con las nuevas subjetividades, que, como señala E. Galende (1997), se adaptan a las exigencias posmodernas a costa del debilitamiento del yo, la pasividad, la maquinización de los vínculos, la superficialidad afectiva, la pérdida del goce y de la pasión, la falta de compromiso emocional, la compulsión a hacer, el deterioro de los vínculos familiares y de amistad, el relacionamiento virtual, la banalización de la violencia. Sin embargo, estas nuevas subjetividades constituidas en el caos, la incertidumbre y la desesperanza de un momento social crítico, violento, en donde parece imponerse mundialmente el sistema capitalista más despiadado, contienen en sí, encriptados o no, los valores, deseos y saberes tejidos durante milenios por los seres humanos en busca de una vida más justa e igualitaria para todos. Los tejedores de los bordes destruidos existen aunque a veces no se vean. Si como trabajadores de la salud sólo intentamos –ajustándonos al modelo médico hegemónico– «curar» al que no se considera normal, sólo caminaremos en el mismo sentido de la enfermedad y

la marginación. Es necesario escuchar y leer el entrelineado de los síntomas que, como toda transacción, busca a la vez preservar lo sano, expresar

un conflicto, denunciarlo y buscar una salida creativa. ¿Quiénes son los locos? ¿Quiénes son los sanos? ¿Quiénes son los tejedores de los bordes?

Bibliografía

- Aguar E. Transmisión de la violencia social: los antepasados y su herencia. En: Rev de Psicología y Psicoterapia de Grupo (Argentina), TXV, N°2, 1992; 209-220
- Aulagnier P. La violencia de la interpretación. Buenos Aires: Amorrortu, 1993
- Bettelheim B. Sobrevivir. Editorial Grijalbo 1981
- Berenstein I. *et al.* Narciso y Edipo en el proceso psicoanalítico: del espejo a la esfinge. Rev de Psicoanálisis (Argentina) Separata del T XLI. 1984
- Bleger J. Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En: Bleger J. Simbiosis y ambigüedad. Buenos Aires: Editorial Paidós; 1989: 237-249
- Castañeda J. La vida en rojo: una biografía del Che Guevara. Buenos Aires: Espasa Calpe; 1997.
- Cocco A, Fascioli L. La depresión desde un modelo en configuraciones vinculares. Rev Tramas (Uruguay) 1996; 2(2):57-73.
- Freud S. Lo siniestro (1919). En: Freud S. Obras completas. Vol XVII. Buenos Aires: Amorrortu; 1979
- Freud S. Totem y tabú (1913) En: Freud S. Obras completas. Vol XIII. Buenos Aires: Amorrortu; 1979
- Freud S. El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen»(1907) En: Freud S. Obras completas. Vol IX Buenos Aires: Amorrortu; 1979.
- Galeano E. Las venas abiertas de América Latina. Madrid: Siglo XXI; 1971.
- Galende E. Integración y desintegración social. Buenos Aires: UNLA; 1997.
- Galli V. Terror, silencio y enajenación. En: Rev Salud y Sociedad (Argentina) 1985; 2: 17-23
- Gelman J. Antología poética. Montevideo: Vinten editor; 1989.
- Gomez S, Victoria de Asterix. Una protesta gremial que terminó en comic. Suplemento de «El Observador». Montevideo. Febrero 1999.
- Gosciny R, Uderzo A. Asterix. La cizaña. Barcelona: Editorial Grijalbo-Dargau; 1994:3
- Kaës R. Rupturas catastróficas y trabajos de la memoria. En: Kaës R, Puget J. *et al.* Violencia de Estado y Psicoanálisis. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina; 1981.
- Kaës R. Apuntalamiento múltiple y estructuración del psiquismo. En: Grupos, Instituciones y macrocontexto. Buenos Aires: ASociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo; 1992: 15-35
- Kordon D, Edelman L. Efectos psicológicos de la represión política. Buenos Aires: Editorial Sudamericana-Planeta; 1986.
- Laplanche J, Pontalis J. Diccionario de Psicoanálisis. Barcelona: Labor; 1981.
- Max-Neef, M. Desarrollo a escala humana. Montevideo: Nordman-Comunidad; 1993.
- Pampliega de Quiroga A. Proceso de constitución del mundo interno. Buenos Aires: Editorial Cinco; 1963.
- Pampliega de Quiroga A. El grupo, sosten y determinante del psiquismo. En: Temas grupales. Buenos Aires: Ediciones Cinco; 1987: 239-246
- Pichón Riviére E. El proceso grupal (Del psicoanálisis a la psicología social). Buenos Aires: Nueva Visión; 1983.
- Pichón Riviére E. Teoría del vínculo. Buenos Aires: Nueva Visión; 1977.
- Raggio V. Marxismo y psicoanálisis. Montevideo: Banda Oriental; 1988.